

Textos breves, profundos e intensos en la dinámica mental del narrador. Estos monólogos dialogantes sugieren sucesos temporalmente extensos y el lector no se detendrá en la última palabra pues seguirá hilvanando hechos imaginables de acuerdo a su capacidad de fantasear. El poeta Carlos Penelas, aquí prosista, cursó estudios en la Escuela Normal de Profesores M. Acosta y en la Facultad de Filosofía y Letras; esas letras lo atraparon, escribe, publica regularmente y comparte su pasión por el arte ayudando a otros en los talleres literarios que dirige hace años.

Carlos Penelas
www.carlospenelas.com
penelascarlos@yahoo.com.ar
 Tel. 4371-6686

Escritores recién publicados:

<i>Rodolfo Camacho</i>	<i>Margarita Rodríguez</i>
<i>Charles John Dickens</i>	<i>Nora L. Salgueiro</i>
<i>Betty Medina Cabral</i>	<i>Julio Mario Scarinci</i>
<i>Fernando Sorrentino</i>	

Director – propietario de la colección:

Carlos Pensa
 Registro Propiedad Intelectual N° 5.320.505
 Corrientes 2963, 1° "G"
 1193 - Buenos Aires - Argentina
www.carlospensa.com.ar / todo.es.cuento.htm
 Hecho en IMPRENTA DEVOTO Uruguay 445 Bs. As

todo es **Cuento**®

y

carlos
PENELAS

●
 ↑
 Coleccionable
 ↓
 ●

Octubre de 2019

c.P.



**EDITORIAL
 DUNKEN**
 Autores Independientes

Ayacucho 357 (C1025AAG)
 Ciudad Autónoma de Buenos Aires
 Tel: (011) 4954-7700
 WhatsApp: +54 9 11 2156-6494
www.dunken.com.ar
info@dunken.com.ar

Seguinos en   

El tren

Advierte que está a punto de entrar en su sueño. Ella se encuentra en la estación, una estación suburbana. Es una joven con glamour, aparentemente desinhibida, conoce su cuerpo. Usted descubre que lleva un pañuelo en la cabeza anudado, sin lazada. Un pañuelo bordó. Luce colores neutros; la ve inquieta. Tiene sensualidad al caminar, con senos para ahuecar las manos. Pero su mirada es tímida; reprimida podríamos decir. Hay algo obsesivo en sus ojos, en la forma de mover sus dedos; le aceleró la respiración. Usted sospecha que espera a su amante, un hombre casado -mayor que ella- un hombre que es o había sido conocido de su padre. Visitaba su casa con la pequeña hija. Un hombre mediocre, alto, con incipiente calvicie, sin más aspiraciones que un oficinista. Ella le confesó, hace años, esta historia que ahora usted revive. Ella (no se lo dijo) necesitaba acostarse con alguien pues el primer hombre había partido al extranjero. Le juró regresar, pero nunca lo hizo. Ella soñaba con ese novio, así lo llamaba. El novio era conocido de su familia, mimado por sus padres. Lo recibían con felicidad, con sonrisas. Ella le habló llorando -lo recuerda perfectamente- de su error, de su falta de claridad, que ahora (así dijo entre lágrimas) lo amaba a usted, que le pedía perdón, que usted era un ser excepcional. Despierta, la ve a su lado, envejecida, abandonada en sus delirios, en el desánimo de la vida. Es entonces cuando usted advierte que está a punto de entrar en su sueño.



Final

Es de noche, estoy en un avión regresando a mi hogar. Hasta hace unos minutos mi mente estaba concentrada en una conferencia que debía dictar. Algo introspectivo y simbólico en torno al neoclasicismo francés. Por la ventanilla miro la oscuridad. Me vienen imágenes de una burguesía acomodaticia, de políticos gregarios. Siempre los desprecié, desde adolescente. Siempre me resultaron anodinos, adocenados. Deseo que se caiga, que se estrelle o se precipite en el mar, es la única solución. Lo deseo con lágrimas en los ojos, lo deseo en silencio. En el silencio de la desesperación. Necesito morir, necesito suicidarme. Soy cobarde, no tengo valor de dispararme un tiro en la boca o arrojarme de un edificio. Pienso en los pasajeros que desean vivir, que son felices o creen serlo. Pienso en mi niñez, en mis hermanas, en una novela de Italo Calvino.

Siento que mi deseo de muerte es egoísta, que junto a mi anhelo está la vida de estos viajeros. Escucho el llanto de una criatura, miro a la azafata que pasa sonriendo, a un hombre mayor sofocado. Pienso en mis hijos, en mis nietos. Siento un sudor frío en mi frente. No puedo más. Hay turbulencias, cierro los puños y los ojos.

Diario

No soy escritor pero debo redactar mi biografía, debo contar cosas fundamentales, acontecimientos significativos. Tal vez para el lector resulten palabras vacías, sin sentido, recuerdos absurdos. ¿Obstinación, estupidez? ¿Qué tipo de lector? ¿Emocional y ecléctico, vocacional, medio? Debo desnudar lo que se oculta, aquello que no se dice, esa suerte de hipocresía naturalizada en cada individuo, en cada familia, en cada sociedad. Hablar de cómo ahoga sus gritos, su histeria, la irracionalidad. Como se fue transformando en víctima, en una persona donde la fatalidad ocupó sillones, muebles, sábanas. Y también del desenlace trágico, de la muerte de mi padre, de la amada que volví a encontrar después de quince años en un café de Montevideo, del tedio que me invade. Del insomnio, del incidente infausto de mi tío -el incidente del cual discutí en terapia durante meses-, de mi época de estudiante, de la percepción fantasmagórica de una aldea. No quiero ser desmesurado ni transmitir odio al hablar de las mujeres que conocí. Deduzco que debería escribir del exilio, de las paredes curvadas, de las plazas, de la imposibilidad de tener hijos, de una carta de mi madre, de aquella foto de la infancia, del olor a manzana en el ropero de una prostituta, de la mirada y sordidez de mendigos durmiendo en la calle, de la trivialidad de mi cuñado. No sé cómo empezar

Carlos Penelas